

La calle para el jueves 14 de abril de 2011
Diario de un espectador
Valerie Plame
Miguel ángel granados chapa

Cuando la CIA recibió la orden de investigar dónde se hallaban las armas de destrucción masiva que el gobierno de Washington aseguraba que el de Bagdad tenía listas para atacar al mundo, la agencia encargó parte de esa investigación a Valerie Plame, una de sus agentes más confiables y experimentadas.

Con el rigor acostumbrado Valerie hizo contactos para conocer a gente relevante en Irak, de preferencia personal científico que pudiera conocer el grado de avance de la construcción de armas atómicas, cuya existencia era alegada por la Casa Blanca como un enorme riesgo para el mundo entero. Se acercó en Washington a una mujer, una médica que no formal pero sí realmente había hallado refugio en Estados Unidos a causa de sus ideas políticas. Renuente al principio a colaborar con la CIA, finalmente accedió a viajar a su patria a interrogar a su hermano, un físico muy reputado, sobre los proyectos nucleares del gobierno que contaba entre los enemigos de occidente. Para minimizar el riesgo de que fuera descubierta y con ello comprometiera a su hermano, aprendió de memoria decenas de preguntas y estaba dispuesta a hacer lo mismo con las respuestas. Cuando Valerie Plame dudó de su capacidad nemotécnica, la doctora le recordó que como profesional de la medicina conocía los nombres de cada uno de los dos centenares y pico de huesos del cuerpo humano, y no sólo en su lengua natal sino también en inglés.

El hermano le asegura que no hay tal programa nuclear, y que los científicos que en el pasado reciente participaron en él habían caído, como él mismo, de la gracia del régimen. Al regreso de su hermana a Washington convino con Plame en que la CIA organizara una operación para hacer salir de Irak a tal grupo de científicos. Pero cuando Bush y sobre todo su vicepresidente Dick Cheney se irritan con las revelaciones sobre el uranio de Níger, hechas por el embajador Wilson, el marido de la agente, y deciden castigarla, por puro venenoso despecho, la retiran de todas sus misiones, incluida la de Bagdad. Eso significa que se cancela la operación de salida de los científicos, que son sorprendidos mientras esperan que ocurra un viaje que ya no tendrá lugar.

Esas y otras consecuencias de la posición de Wilson, contraria a los planes presidenciales, desatan una crisis matrimonial. Aunque ella no revelaba jamás a su esposo el contenido de su trabajo, les queda claro que ella ha sido sancionada por las actitudes de su marido. El civilizado arreglo de compartir la crianza de los pequeños e hiperactivos gemelos amenaza naufragar, pues además del virtual cese de la agente, su nombre es filtrado a la prensa y a ambos, marido y mujer, se les hostiga donde quiera que van.

Les queda clara la desmesura de la lucha en que fueron atrapados: la Casa Blanca los hostiliza y transmite al público en general su percepción de que los Wilson son unos traidores.

Pero como revelar el nombre de un agente de la CIA es un delito grave, miembros demócratas del Congreso investigan los hechos y consiguen que se lleve a juicio al jefe de personal de Cheney, quien cometió la infidencia que tanto emproblemó a los Wilson. En realidad el propio vicepresidente debió ser juzgado, pero ni en la vida real ni en la película de Doug Liman se llega a ese final feliz.

Aunque sí hay un *happy end*: los Wilson se mudaron a Santa Fe, en Nuevo México, y allí vivieron tranquilos.